



Apuntes sobre la segregación. El otro giro del 20

Campbell, Sergio¹

¹ Cátedra de Psicoanálisis. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Córdoba.

Palabras claves

PSICOANÁLISIS

SEXUALIDAD

SEGREGACIÓN

HOMOSEXUALIDAD

Resumen

En 1920 se produce, al interior del psicoanálisis, lo que se conoce como "giro del 20", de donde surgirá un nuevo dualismo pulsional y una nueva tópica; sin embargo otro giro, silenciado, se produce: la segregación a la disidencia sexual, que da por resultado la prohibición, nunca escrita del ingreso de analistas homosexuales a la IPA.

Información de contacto

sergio.campbell@unc.edu.ar



1. Introducción

En el mismo momento en que Freud iniciaba el famoso giro del 20, que llevaría a modificar el dualismo pulsional y la tópica, otra discusión se abría paso desde el primer día de la nueva década: Aceptar o no, en el seno de la IPA, analistas abiertamente homosexuales. El debate se dio al interior del “Comité secreto” y marcó un giro determinante al interior del psicoanálisis: de ser segregado por el discurso científico, pasó a formar parte del aparato segregador, lo que llevó a Foucault, muchos años después considerar a los analistas como técnicos del deseo.

2. Objetivos

Señalar e identificar un momento clave en la institucionalización del psicoanálisis donde, producto de la estandarización de la práctica, la institución fue en desmedro del invento freudiano y su principal enseñanza: la sexualidad.

3. Metodología

Se adoptará como corpus principal de trabajo la correspondencia de Freud y las circulares del Comité Secreto para seguir de cerca el otro giro del 20.

4. Resultados

El otro giro del 20, significó, la estandarización clínica, teórica e institucional del psicoanálisis, tomando una posición contraria a su mejor tradición que, al día de hoy, resulta problemática recuperar

Tal vez sea necesario, cada vez que se escriba sobre la segregación, recordar que la misma se encuentra en la lengua, en su estructura y por ende, en tanto que seres parlantes, no podemos evitar, en su uso, segregar. Al nombrar damos existencia, separamos de un fondo común a un objeto, lo recortamos del resto, establecemos la diferencia. Nombrar es un acto, y en todo acto hay un corte, se rompe una continuidad. Bercherie relata una anécdota bastante antigua pero significativa, ocurrida en un hospicio francés: Una vez aislada (nombrada) la paranoia, un médico exclama: “¡Estábamos rodeados de paranoicos y no nos dábamos cuenta!” Separar, aislar, nombrar... segregar. Si he usado este ejemplo, es porque quisiera dar cuenta del psicoanálisis, de la segregación que se pone en juego en él.

Tal vez podría, y sería conveniente, empezar por una frase de Foucault, escrita en el Prólogo a la edición estadounidense de *El Antiedipo*, de Deleuze y Guatari: “Los técnicos del deseo, lamentables: los psicoanalista y los semiólogos que registran cada signo y cada síntoma y que quisieran reducir la organización múltiple del deseo a la ley binaria de la estructura y la falta.” (Foucault, 1988, p.2). Que en un libro que se levanta contra el Edipo como estructurante de la

normalidad aparezca una frase como esta no debería pasar de largo por nadie que practique el psicoanálisis, porque si hay algo que nos han enseñado tanto Freud como Lacan, es a reflexionar sobre nuestra propia práctica. ¿Estamos dispuestos a repetir fórmulas que no hacen más que estandarizar una práctica que no puede ser de otra manera que singular, sin siquiera interrogarnos por la validez de las mismas? ¿Vamos a seguir sosteniendo que el transexualismo es una psicosis ejemplar porque realiza en lo real lo no acaecido en lo simbólico, es decir la castración, sin siquiera tomar en cuenta los debates al interior del colectivo trans? No hay modo de no ponerse colorados de vergüenza al recordar postulados que se repetían sin ton ni son, postulados nacidos de una teoría sorda, de una teoría de orejas cerradas a la palabra del otro. Los perversos no demandan análisis porque son egosintónicos con su síntoma. ¿Qué significa semejante frase como no sea un repliegue sobre un saber coagulante y patologizante, lapsus que rescatamos? ¿Quiénes serían esos perversos que no demandarían análisis? La frase está fallada de origen, primero por considerar perversos a quienes no son heterosexuales, y segundo, por considerar que el único síntoma que pudieran tener, sería el de la elección de objeto o su identidad de género. Como escribe Reitter (2019): “Como todo el mundo, las personas LGTTBI tienen miedos, problemas con el goce, dificultades con lo que desean, postergan los actos, se enredan en las trampas del amor, se melancolizan y tratan de evitar sus verdaderas responsabilidades.” (p.14).

Habría otros comienzos posibles; de hecho, en el anterior Congreso, en el año 2018, presenté un trabajo sobre la relación entre Freud y Hirschfeld, los acuerdos y desacuerdos, y hoy, de alguna manera me propongo una especie de continuación porque si como manifesté en dicho trabajo, el desencuentro entre Freud y Hirschfeld trajo consecuencias tanto para el psicoanálisis como para la sexología, en este pretendemos abordar algunas de esas consecuencias.

Debo decir también, y es otro modo de comienzo, que el título nos indica que se trata de varios trabajos relacionados con la segregación, y que este, que presento aquí, se centra sobre el psicoanálisis integrado, lo que significa integrado al discurso de poder. De ahí que la frase de Foucault, señala un buen comienzo.

Si bien la segregación está en la lengua, la utilización de ciertas nomenclaturas introducen otro tipo de segregación, esa que Lacan, en 1967, en su Pequeño discurso a los Psiquiatras, refirió como el precio a pagar por el avance de la ciencia, y si bien el psicoanálisis no es una ciencia, también es verdad que no es sin la ciencia, por lo cual, no puede ser pensado más allá de su borde. Y en ese borde, Freud, primero, y luego sus seguidores, se nutrieron de muchas nociones venidas del discurso médico, que es, Foucault mediante, un discurso de poder. La psicopatología, ese engendro surgido del apareamiento del psicoanálisis y la psiquiatría, le ha hecho cargar, al psicoanálisis, el lastre del discurso médico que todavía hoy, no consigue soltar. Cuando hablamos de nomenclatura, hablamos de los diagnósticos, y si bien es cierto que al cambiar la mirada cambia el sentido, el problema sigue intacto pues, al haber surgido los diagnósticos en lenguas que no poseen entre sus herramientas el verbo estar, un diagnóstico cosifica y cristaliza. Se es tal o cual. Quiero ser claro en esto: el diagnóstico es mucho más que una herramienta para un tratamiento,



es una cristalización del ser. El verbo ser coagula la existencia. Acerca de este problema sobre el ser y el estar y su relación con los diagnósticos, me gustaría remitirlos a mi libro *El psicoanálisis y sus diagnósticos*, donde trabajé, desde una perspectiva decolonial, la utilización de diagnósticos por parte del psicoanálisis.

Decía que podíamos partir de diferentes lugares, pero lo que nos interesa aquí, como un modo de retomar lo iniciado hace dos años, es darle sentido a la apreciación de Foucault, ¿cómo es que los psicoanalistas devinieron en técnicos del deseo? En función de cierta brevedad, no historizaré las posiciones de Freud respecto a la homosexualidad, pero sí me detendré un momento en su texto sobre las aberraciones sexuales, el primero de los tres ensayos. Me detendré porque tal vez se pueda encontrar allí el germen, el huevo de la serpiente que romperá el cascarón en ese otro giro del 20. Digo esto pues se trata de un texto lleno de contradicciones, contradicciones que las sucesivas enmiendas y agregados no hicieron más que profundizar, dejando un texto lleno de cicatrices, intentos fallidos de suturas que, a la vez muestran la verdad freudiana: que no hay una sexualidad normal. El texto en cuestión se llama *Las aberraciones sexuales*, y el término utilizado en alemán fue “abirrung”; si es necesario destacarlo, es porque uno de los sentidos de abirrung es desvío. Es decir que se podría traducir este texto como *Las desviaciones sexuales*. No es un detalle menor ya que si se parte de una bisexualidad constitutiva, tomada de Fliess y amalgamada con ciertas posiciones de Hirschfeld (aunque mantuvo diferencias radicales con él, sobre todo en la no aceptación de especies sexuales diferentes) y del reconocimiento de una sexualidad infantil, cuya característica es la disposición perversa polimorfa, entendida ésta como la satisfacción de pulsiones parciales que, sólo en el plano ideal podrán luego ser integradas en una pulsión total al servicio de la reproducción, es posible concluir, rápidamente que la sexualidad humana es, por definición, desviada. El otro elemento que abona esta posición es la no naturalidad de la ligazón de la pulsión a un objeto; si esto no fuera así, sería imposible pensar el chupeteo como modelo de satisfacción pulsional. Si partimos de estos principios, es posible releer todo este texto bajo una mirada no normatizante y entender que Freud ahí, simplemente describió los mecanismos psíquicos que llevan a una u otra desviación, sin abrir un juicio de valor. Pero he dicho que se trata de un texto contradictorio, y lo es porque a esta lectura se le debe agregar la aparición de lo otro, lo que sí es normatizante, y que es nada más ni nada menos que la nosografía heredada de Krafft-Ebing, cuya consecuencia más notable es la creación de monstruos semiológicos, como los llama Gilles Deleuze (el apareamiento de a pares: Sadismo-masochismo, voyeurismo-exhibicionismo), y que Freud mantuvo; sin detenerse, el mismo Freud, a reflexionar que dichos pares sexuales van en contra de su misma teoría pulsional. Es cierto, también, que les da otro sentido, sin embargo mantiene la clasificación y, ya lo hemos dicho, toda clasificación es normativa y segregativa, porque esta clasificación es sostenida, en el texto de Freud, desde un cierto filogenetismo que plantearía la heterosexualidad como la sexualidad “normal”, en tanto busca el mantenimiento de la especie. Lo más interesante de esta contradicción presente en el texto, es que precisamente de un intercambio dialéctico de esas posturas, podría arribarse a una “síntesis”, aunque provisoria de que toda sexualidad es desviada, puesto que en el ser humano no existe, como en otras especies,



el periodo de celo que pone, ahí sí, al sexo en función de la reproducción y supervivencia de la especie; por el contrario, desde la antigüedad se han llevado adelante rituales sexuales y métodos anticonceptivos que marcan el desvío del sexo. De ese desvío nace la sexualidad, sexualidad que puede ser historizada, sexualidad reglada y ritualizada, sexualidad normada y anatemizada. Si ya la sexualidad humana es un desvío del sexo, Freud nos permite pensar ese resto que siempre queda entre la sexualidad infantil y la sexualidad adulta, esa hendidura por la que los vientos del deseo a veces se convierten en huracanes. Lamentablemente no fue así, no fue esa la lectura que prevaleció, y de esas contradicciones que presenta el texto freudiano surgió el Edipo como regulador de la actividad sexual, heteronormado. Tal vez podamos ubicar ahí el núcleo de lo que luego advino y que legitima la afirmación de Foucault; tal vez esas contradicciones permitieron el desarrollo, al interior de la doctrina, de posiciones normatizantes y heterocentradas. En todo caso ese devenir técnicos del deseo puede ubicarse históricamente en 1920, ya que hasta ese momento, salvo Sadger, que pregonaba la posibilidad de curar al homosexual, dado que no era constitucional y se debía a factores ambientales, nadie se embanderaba en una posición patologizante de la homosexualidad, sino más bien, todo lo contrario. Por ejemplo, Abraham Brill que en 1913 planteaba que no había razones para “tratar la homosexualidad ya que se trataba simplemente de una condición como la heterosexualidad. O Ferenczi, que planteaba que el empobrecimiento de la amistad en la cultura occidental se debía al desprecio general hacia la homosexualidad.

Para el inicio de la década del veinte, prácticamente ningún miembro de la IPA sostenía la constitucionalidad como causa de la homosexualidad, y los debates se orientaban entre el narcisismo y los factores ambientales. Esa liberación de los factores biológicos, sin embargo, no trajo buenas novedades sino todo lo contrario, porque, fuera por el narcisismo o por el ambiente, se trataba de algo sintomático y, si la homosexualidad era sintomática, entonces era tratable y curable, entendiendo por curable, el redirigir al paciente hacia la heterosexualidad. La cuestión era cómo. Aquí nos es útil la clasificación de Ferenczi, pues sólo sería curable el homoerótico de objeto, en cambio, el homoerótico de sujeto no. Para ellos, el objetivo del tratamiento analítico sería que el paciente se sintiera más cómodo con su orientación sexual.

Ese año -1920 - es conocido por el giro teórico que dio lugar a la segunda tópica y al nuevo dualismo pulsional; sin embargo, otro giro tuvo lugar, mucho más silencioso, el que llevó de una posición liberal respecto de la homosexualidad, asumiendo la defensa en contra de las persecuciones de las que eran objeto, a considerarlos enfermos, es decir, a asumir una posición patologizante y estigmatizadora, lo que llevaba al psicoanálisis hacia un discurso normatizador. Antes de adentrarnos en ese otro giro, veamos lo que planteó Franz Wittels en la reunión del 18 de noviembre de 1908: “No parece haber ninguna razón para que el estado luche contra la práctica de la homosexualidad. Hay homosexuales que son extremadamente felices.”



¿Qué pasó entonces en 1920? Pasó que una leve discordia se implantó entre los miembros del “comité Secreto”. ¿Las razones? Veamos primero la reacción de Freud. En los primeros días de la nueva década, envía una circular:

Querido Jones: Hemos considerado su demanda concerniente a la eventual asociación de homosexuales y no estamos de acuerdo con usted. En realidad no podemos excluir a tales personas sin tener razones de otro tipo, no podemos ser favorables a que sean perseguidos por la ley. Parece que en casos similares, una decisión debe depender de un examen atento de otras cualidades del candidato. (Freud, 1999. P. 311).

¿Qué había sucedido? En sí, nada del otro mundo, podría incluso considerarse un hecho trivial, si no fuera porque ese hecho había recaído en Jones: un médico holandés, abiertamente homosexual, había solicitado ser aceptado como miembro de la IPA. Tal vez sea conveniente recordar que ese año, se llevaría a cabo el Congreso de la Asociación en La Haya, Holanda. La posición de Freud no era nueva, sin embargo, tanto Sachs, como Abraham y Eitingon, se mostraban contrarios, al igual que Jones, pero para no contrariar a Freud, ni al resto de los vieneses, se entregaron a juegos retóricos para oponerse pero sin que se note demasiado. De esta manera, desde Berlín, hicieron saber que concordaban (con Jones) en que debían suspender la aceptación de homosexuales mientras no se viera claramente otra cualidad que la homosexualidad. Helo ahí, tomaron el argumento de Freud y lo dieron vuelta para argumentar en su contra. Si seguimos las cartas de ese año, y las circulares, podríamos ver que el tema no vuelve a aparecer, tal vez porque la solicitud del médico holandés quedó suspendida de hecho cuando el gobierno lo detuvo por sus manifestaciones homosexuales, es decir, por asumirlo públicamente. Pero si esto fuera todo no estaríamos en presencia de ningún giro, sino apenas de una discordancia interna y nada más; pues no, la historia sigue, y sigue de esta manera: en el congreso de la Ciudad de La Haya, se reúnen 62 miembros y son aceptados las Sociedades Británica y Suiza, y es elegido Ernest Jones como nuevo presidente, reemplazando a Ferenczi, con lo cual, la suerte de los homosexuales estaba echada.

Hay que recordar que Ferenczi, en 1906, había elevado una carta de protesta a la Asociación médica de Budapest contra la desvalorización y persecución de los homosexuales. El 20 de mayo de 1910, Freud le comenta en una carta que había recibido el libro de Hirschfeld sobre el travestismo, donde diferenciará el homoerotismo del sujeto, del homoerotismo del objeto, nociones que retoma Ferenczi. En el Congreso de Weimar, en 1911, presenta un trabajo sobre la homosexualidad, luego de lo cual, por un entredicho entre Jung y Hirschfeld, este renuncia a la sociedad berlinesa. En mayo de 1913, Ferenczi funda la Sociedad psicoanalítica de Budapest. ¿Por qué detenerse en Ferenczi? Porque con la fundación de la Sociedad Psicoanalítica de Budapest, aparecerá un personaje nuevo, que mucho tendrá que ver en ese otro giro de 1920, me refiero a Sándor Radó. Cuando es fundada la sociedad de Budapest, Radó asume como secretario, y si bien luego de un largo derrotero fue destituido en 1941 como director del Instituto psicoanalítico de

Nueva York, tuvo una importancia decisiva en el devenir del psicoanálisis hacia una posición normativista.

Para comprender a fondo esta disputa abierta al interior del psicoanálisis es necesario entender la importancia de la presencia de Freud. Mientras estuvo vivo logró que se respetara la noción de bisexualidad constitutiva, a la que Radó se oponía, pero una vez muerto Freud, esta idea de constitución bisexual cayó definitivamente y la idea de Sándor Radó se impuso. Al rechazar la idea de bisexualidad constitutiva, rechazaba también la idea de un origen biológico de la homosexualidad y orienta el fenómeno a un conjunto de condiciones socio-ambientales. Sin embargo, de manera paradójica va a imponer la supremacía heterosexual por razones biológicas: la supervivencia de la especie, es decir, el filogenetismo ya presente en el Freud de los tres ensayos. De esta manera, el placer sexual estará ligado a la reproducción de la especie. Radó parecería apegarse al pensamiento freudiano al desligar la biología de la sexualidad, sin embargo su pensamiento se aleja cada vez más del pensamiento del creador del psicoanálisis. Si la homosexualidad no es biológica, tampoco lo es la heterosexualidad. Son las instituciones y las prácticas culturales adecuadas las que proporcionan la moral heterosexual. De aquí, a plantear la cura de la homosexualidad, hay un paso. Y Radó lo dio. Para Radó, el abandono de la noción de bisexualidad freudiana, implicaba una relectura de toda la teoría de Freud, llevando el aparato teórico hacia un “socio psicoanálisis”, razón por la cual, una vez instalado en los EEUU no le costó demasiado orientarse hacia la psicología del Yo. En definitiva, Sándor Radó, retoma la tesitura de Ságder y la lleva al extremo al plantear el análisis conversivo.

Luego de la circular enviada por Freud, pareciera que la cuestión entró en punto muerto debido al desenlace del médico en cuestión; sin embargo, puede verse que no fue así, que el debate se desplazó de la política a la doctrina, tal vez por eso, alertado por los caminos que iba tomando la doctrina, publicó el caso de la joven homosexual, donde puede leerse:

“Así pues, el enigma de la homosexualidad no es tan sencillo como suele afirmarse tendenciosamente en explicaciones como la que sigue: un alma femenina y que, como corresponde ha de amar a un hombre, ha sido infundida, para su desgracia, en un cuerpo masculino, o inversamente, un alma masculina, irresistiblemente atraída por la mujer, se haya desdichadamente ligada a un cuerpo femenino. Trátase más bien de tres series de características:

- 1) Caracteres sexuales somáticos (hermafroditismo físico)
- 2) Caracteres sexuales psíquicos (actitud masculina – actitud femenina)
- 3) Tipo de elección de objeto.

Que varían con cierta independencia unos de otros y aparecen en todo individuo diversamente combinados. (Freud, 1973, p. 2560).



De alguna manera, con lo que tuviera a su alcance, Freud intentaba mantener al psicoanálisis por fuera de los dispositivos de poder, a sabiendas que la IPA lo era. Hizo lo que pudo, seguir escribiendo y reflexionando, sabiendo también que su sola presencia era un dique contra los embates normalizadores y moralizadores que golpeaban a la puerta no sólo de la institución sino de la doctrina, que era, a la postre, lo que más le interesaba. Voy a reproducir otro fragmento de la época que va en la misma dirección, donde de alguna manera retoma algunas posiciones de Hirschfeld aunque sin aceptar la idea del tercer sexo, sino de un Edipo completo, mucho más complejo que el diseñado años anteriores; se trata de un fragmento de El yo y el ello:

“El desenlace del Complejo de Edipo en una identificación con el padre o la madre, parece pues, depender en ambos sexos de la energía relativa de las dos disposiciones sexuales. Esta es una de las formas en que la bisexualidad interviene en los destinos del Complejo de Edipo... Queda así establecida una serie, en uno de cuyos extremos se halla el Complejo de Edipo normal, positivo, y en el otro el invertido, negativo, mientras que los miembros intermedios nos revelan la forma completa de dicho complejo con distinta participación de sus dos componentes.” (Freud, 1973, p. 2712.)

Volvamos a lo institucional, porque en definitiva, la discordancia inicial no apuntó a la doctrina, sino a la institución: ¿qué debía hacer la IPA respecto a la solicitud de membresía de homosexuales que viven fuera del closet? Se debe incluir entonces otra novedad, que comenzó en Berlín y luego se expandió a toda la IPA: me refiero a la fundación de la Policlínica de Berlín, un ejemplo de cómo el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones. La idea de la policlínica surgió en el congreso de Budapest, en 1918, ni bien terminada la guerra. Allí, Freud planteó que sería deseable que se crearan centros de atención psicoanalíticos que fueran gratuitos o de muy bajo costo. Al finalizar la guerra hubo una gran demanda de analistas, y esa fue la razón de abrir una clínica que pudiese recibir la demanda de tantos desmovilizados del frente, que además del trauma surgido por el hecho bélico, traían en su mochila el dolor de la humillación de la derrota. La Policlínica abrió sus puertas el 16 de febrero de 1920, y significó tanto para Freud que, inmediatamente propuso admitir a Eitingon como miembro del “comité secreto”. Pero a poco de abierta, cayeron en la cuenta de que no podían absorber la demanda pues no había suficientes analistas; en ese preciso momento empezó, a mi juicio, la debacle del psicoanálisis. Ante la falta de analistas se confeccionó un programa para la formación de analistas... en serie. De la Policlínica de Berlín surgió el Instituto, que luego fue el modelo de diversos Institutos de formación y producción en serie de analistas. En palabras del propio Eitingon, la función del Instituto era la de generar las oportunidades para que la gente aprendiera a analizar y a entrenar como analistas. Aprendizaje, training, analistas surgidos de una fábrica que debía al menos, respetar cierta exigencia de Freud: que para analizar había que, previamente, someterse a un análisis. Ahora bien, ¿qué análisis podía llevarse a cabo si el tiempo urgía? Así nacerá el análisis didáctico y una figura emblemática: el analista didacta. Si el psicoanálisis había nacido en los bordes de la ciencia y por lo tanto, tal como lo había declarado Lacan no es sin la ciencia, la producción en serie de analistas lo corría de ese

lugar y lo introducía de lleno en el sistema: el fordismo había llegado al psicoanálisis. Y si un analista es formado en una línea de montaje, su práctica, ¿no responderá a la misma seriación?

Si con el Instituto aparece una figura emblemática, el analista didacta, aparecerá también un personaje emblemático: Hans Sachs. Junto con Abraham, Simmel, Horney y Lieberman, organizaron los cursos y, se designó a Hans Sachs como el analista didacta; es decir, él sería el encargado de analizar a los que querían ser analistas. El pequeño detalle es que Sachs nunca se había analizado.

Esta es la razón por la cual quisimos detenernos en este período de la historia del psicoanálisis, porque coincidió el debate acerca de la homosexualidad y la formación de analistas. Esta línea de montaje estaba formada por tres momentos, lo que se conoció como el trípode de Eitingon, que sigue vigente, bajo diversas modalidades, hasta hoy, a saber: análisis didáctico, cursos y supervisión. Formado el Instituto, redactado sus estatutos, había que resolver el problema que había quedado “dormido”: ¿qué hacer si un homosexual declarado quería formarse como analista y solicitaba recibir formación bajo la modalidad establecida? La resolución llegó en 1921.

Antes de revelar la decisión adoptada, vamos a traer nuevamente a Hirschfeld. Ese mismo año - 1921 - va a fundar en la misma ciudad - Berlín - otro instituto el Institut für sexualwissenschaft donde alojará las demandas de atención, no sólo de homosexuales sino de todas las disidencias sexuales que, en ese momento, fruto de la apertura de la República de Weimar, comenzaban a mostrarse públicamente. Se trata del período de entreguerras, del período de florecimiento del expresionismo alemán, del arte “degenerado”, del momento de auge de los cabarets. Los “disidentes” no iban a la policlínica de Eitingon, se dirigían al Instituto de Hirschfeld. La razón para ello, la podemos encontrar en Hans Sachs: “Lo que distingue las perversiones de las neurosis es la calidad egosintónica de la tendencia perversa con respecto al yo, es decir, la ausencia en ellas de culpa o ansiedad.” Esta posición de Sachs es clave para entender la frase de Foucault, pues lo que eso significó fue: los perversos no demandan análisis pues son egosintónicos con su síntoma. Si Hans Sachs no sólo era el analista didacta, sino también responsable de cursos teóricos, ya sabemos cómo se formaron esos analistas surgidos de allí, y al replicarse este modelo institucional podemos entender cómo es que esta concepción sobre los homosexuales (perversos) se ha repetido hasta hace muy poco tiempo, si no es que se sigue repitiendo, repetición que adquiere en la misma, una estofa de verdad doctrinal; esas verdades en las que solemos escondernos cuando la palabra del otro nos deja a la intemperie. Entonces, ¿cómo iban a demandar análisis si no más entrar, serían clasificados como perversos y escuchados como tal, es decir, no escuchados? En el Instituto de Hirschfeld no sólo eran escuchados sino que se acogía sus demandas; así fue que ahí, se realizaron las primeras operaciones de reasignación de sexo; ahí fue donde se dirigió Einar Mogens para finalizar su transformación en Lili Elbe, cuya historia conocimos a través del film La chica danesa.



En la coexistencia de estos dos institutos podemos ver la paradoja planteada: Por un lado el psicoanálisis, que libera al deseo de la biología y que hace de la escucha un arte, se va volviendo sordo a la palabra del otro cuando ese otro contraría la teoría, una teoría que empieza a anquilosarse al ritmo de su reproducción, es decir, de su producción seriada; y por el otro, la sexología, afincada en el biologismo, que abre las orejas a la diferencia. Esta paradoja representa la deriva institucional y doctrinaria del psicoanálisis que se resume en la frase de Sachs. Si los “perversos” no demandan análisis, nosotros no tenemos nada que ver.

Este momento muestra, como pocas veces, esa diferencia que hace Foucault entre Freud y sus discípulos: mientras la institución se cristaliza y rigidiza su posición teórica, Freud continúa su camino, sosteniendo los ejes centrales de su doctrina, que, hay que decirlo, cada vez se alejan más de lo que empiezan a plantear sus discípulos. Así por ejemplo Wilhem Reich, conocido por su liberalismo sexual (no podemos olvidar su Sexpol), tenía respecto a los homosexuales una posición bastante conservadora, pues planteaba que el placer homosexual era inferior al heterosexual. Coincide con Radó de que se trata de un fenómeno social y va más lejos aún, plantea que puede prevenirse mediante una educación adecuada. ¿Cómo puede admitirse tal tesis sin desconocer todo el desarrollo freudiano alrededor del deseo? ¿Habría que volver a los tres ensayos para insistir que la sexualidad infantil no evoluciona en la sexualidad adulta sino que es reprimida y que, por definición todo lo reprimido retorna?

Vayamos entonces a la resolución del problema surgido a comienzos de 1920 con la solicitud del médico holandés. Vamos a guiarnos por las circulares del comité secreto que, según parece es el único material disponible. El primero de diciembre, Jones escribe:

“los holandeses me escribieron hace algún tiempo por la conveniencia de admitir a un Doctor conocido manifiestamente como homosexual. Yo se los desaconsejé, y ahora me entero por Van Emden de que el hombre ha sido descubierto y encarcelado. ¿Creéis que esta respuesta podría servir de modelo general para nosotros?” (Wittenberg, 2002, p. 204)

Como puede verse, la idea de Jones es que sirviera como modelo general, es decir, frente a la solicitud de ingreso en el Instituto, la respuesta debería ser negativa.

El 11 de diciembre Rank (y Freud), responden: “Discrepamos de tu planteamiento respecto a la admisión de homosexuales, querido Jones, es decir, que no queremos excluir por principio a este tipo de personas, ya que por otra parte, tampoco aprobamos su persecución judicial.” (Wittenberg, 2002, p. 207)

El mismo 11 de diciembre, parte una carta desde Budapest; allí, Ferenczi escribe: “Por el momento sería mejor rechazar por principio a todos los homosexuales manifiestos; generalmente, son demasiado anormales.” (Wittenberg, 2002, p. 213).



Es curiosa la posición de Ferenczi que, años antes había abogado a favor de los homosexuales y que, de alguna manera había realizado la clasificación más seria al diferenciar la elección de objeto de la identidad subjetiva, un avance a lo que hoy llamaríamos identidad de género.

Eso fue todo. En principio no se discutió más y el asunto se resolvió de una manera drásticamente administrativa: Los homosexuales no serían admitidos como analistas. Como puede verse, a partir de ese momento, la segregación de los homosexuales fue doble: institucional y doctrinal. Claro que no se trata de elementos inconexos puesto que, al menos en psicoanálisis, la institución va anudada a la práctica y la doctrina que la sostiene. Tienen, podríamos decir, una equivalencia borronea.

La frase de Foucault con la que he iniciado el texto, resume, de alguna manera los cuestionamientos de los Gays and lesbians studies y las teorías queer, al focalizar la argumentación en el binarismo resultante del complejo de Edipo, y ubica, desde ahí, a la práctica psicoanalítica, como una técnica heteronormativa. Por lo que hemos visto hasta aquí, razones no les faltan.

Como dije, todo esto sucedió en el periodo de entreguerras, es decir, luego de la primera y antes de la segunda. Con el ascenso del nazismo, muchos de los miembros preminentes de IPA migraron a EEUU, donde el psicoanálisis no era lo que en Europa; en primer lugar estaba reservado para médicos, algo por lo que Freud había batallado durante años y sólo consiguiendo un inestable empate técnico que terminaría con su muerte. En segundo lugar, la mirada sobre la homosexualidad también era mucho más rígida; bajo un discurso científico se escondía un puritanismo que Freud siempre había rechazado. Como dijimos antes respecto de Sándor Radó, el psicoanálisis se fue volcando cada vez más a lo ambiental hasta terminar desechando el conflicto intrapsíquico y dándole lugar al conflicto interpersonal; de esa manera volvió a cobrar un cierto relieve la “Teoría de la seducción freudiana” pero edulcorada. Algunos autores plantearon que la conducta sexual perversa era causada por los padres que, sin querer seducían a sus hijos. Un autor como Gershan, llega a plantear que la diferencia entre la homosexualidad y la esquizofrenia era una cuestión de grados.

Podríamos nombrar y detenernos en muchos analistas que se ocuparon de manera similar de la homosexualidad; con diferencias sutiles, todos apuntaban a lo mismo: la patologización de la misma. Nombres como Gustav Bychowski, Arno Karlen o Hatterer podrían ser convocados a dar testimonio, pero no nos interesa aquí llevar a cabo una investigación sobre las diferentes posiciones frente a la homosexualidad de los psicoanalistas (que por otra parte ya está hecha), sino dar cuenta de ese movimiento, ese otro giro iniciado en 1920 y que pareciera no detenerse, porque a pesar de la ruptura epistemológica y política que significó la irrupción de Lacan, en ese campo las cosas no mejoraron demasiado. Pero antes de entrar de lleno en este punto, quisiera detenerme en Charles Socarides, porque se trata, quizás del autor más representativo en la creación de un estereotipo homosexual, tan estereotipado también él, que incluso cuando a partir



de la década del ochenta, algunos psicoanalistas rompen con la articulación entre homosexualidad y patología, Socarides hasta su último artículo, aparecido en el año 2002, sostendrá a la homosexualidad como un fenómeno patológico que debe ser tratado.

Si en 1921 se decidió amistosamente que los homosexuales no podrían integrar las filas de la IPA, a partir de 1990 se flexibilizó tal posición y así se fue terminando con una historia negra del psicoanálisis; sin embargo, el ímpetu segregador no cedió, simplemente se desplazó, como ocurrió en toda la sociedad hacia otras disidencias sexuales. Este desplazamiento es el que nos permite ubicarnos en el lacanismo y tomar solamente un ejemplo: Catherine Millot y su libro *Exsexo*. Aparecido en 1983, once años después de que Foucault escribiera *Una introducción a la vida no fascista* como prólogo al *Antiedipo*; once años después que al parecer, a Millot no le hicieron mella y sosteniendo una lectura acartonada de Lacan, la llevó a afirmar que el transexualismo era una psicosis ejemplar pues realizaba en lo real, el corte que no se había producido en lo simbólico. Ya me he dedicado a analizar este libro en otra oportunidad, sólo quisiera señalar que tal proeza teórica la saca de la idea que había deslizado Lacan acerca del empuje a la mujer en la psicosis, derivada de su lectura de Schreber. Si bien es cierto que es debatible la posición de Lacan, vamos a decir simplemente que el orden de los factores, en este caso como en tantos otros, sí altera el producto: que en la psicosis haya un empuje a la mujer no significa que quien se inclina hacia la mujer sea psicótico. Este sería un primer detalle que es de orden teórico; otro detalle es la repetición en el proceder de Millot, de lo que había hecho Sachs: los perversos no demandan análisis porque son egosintónicos. Millot supone lo mismo en la ejemplariedad de la psicosis, pero se le escapa algo: en el colectivo trans, también existe la declinación hacia el hombre y también la declinación a lo indeterminado, lo que significa que la castración no es el eje para definir lo trans. Es decir, Millot lleva a categoría universal un caso singular. Pero para ponerlo en sus mismas palabras, veamos el proceder de Millot (1984): “El síntoma transexual tendría así una función estructural análoga a la que Lacan atribuye a la escritura para Joyce.” (p.37). Se ve, lo que Lacan sitúa para Joyce, Millot lo modeliza para todos los transexuales. De lo singular a lo universal en un solo salto. Por último, este salto de Millot, que no encontró respuestas en su momento, implica, el salto hacia la normalización de lo que no está normado.

Si he tomado como ejemplo este libro de Catherine Millot, es porque se liga con nuestro presente y ejemplifica el decir de Foucault. Mauricio Luis Mizrahi, doctor en derecho y juez, escribió su propio libro, *Homosexualidad y transexualismo* (Editorial Astrea, Bs. As. 2006) donde dice:

Ahora bien, se impone resaltar un dato que no puede ser soslayado, dada la capital importancia que reviste para el análisis que nos hemos propuesto, se trata de la afirmación de que el transexual, ante todo, padece una patología tal como lo ha demostrado certeramente el psicoanálisis (y en nota al pie cita a Henry Frignet y su libro *Acerca del transexualismo*; Catherine Millot y su libro *Exsexo*, y a Marcel Czermak y su libro también llamado *El transexualismo*).



El Dr. Mizrahi, utiliza estos libros para fundamentar la negación a la operación de reasignación de sexo o al cambio de identidad. Si al principio hubiese puesto este ejemplo de lo que quería decir Foucault, alcanzaba y sobraba, pero todo el desarrollo sirve en realidad para ubicar el momento en que fuimos cayendo en esa posición y entonces hacer la gran pregunta: ¿Qué hacer?

¿Habrá que abandonar el psicoanálisis? Por mi parte, Creo que no, estoy convencido que si en sus momentos iniciales tuvo un potencial subversivo que, a medida que se institucionalizó, perdió, y que luego Lacan recuperó para perderse nuevamente; en este momento la tarea es la misma, aunque el procedimiento deba ser otro. Recuperar el psicoanálisis implica un movimiento despsicopatologizante que lo sacuda del discurso normatizador y le permita abrirse a la palabra de ese otro que lo interpela, escuchar al otro, que en definitiva es de lo que se trata un análisis, escuchar al otro deponiendo todo saber; escuchar al otro e inventar al psicoanálisis cada vez. Si desde los inicios el psicoanálisis se orientó por la sexualidad, es ahí, y no en la moral al servicio de la dominación, donde debe reencontrar su cauce.

Referencias

Bercherie, P. (1986). *Los fundamentos de la clínica*. Manantial.

Brill, A. (1913). *The conception of homosexuality*. Journal of the American Medical Association, 61:335–340.

Caparrós, N. (Editor) (1997) *Correspondencia de Sigmund Freud*. Editorial Biblioteca Nueva.

Carpintero, E. (2015). *El erotismo y su sombra*. Editorial Topía.

https://play.google.com/store/books/details?id=MD7IDwAAQBAJ&rdid=book-MD7IDwAAQBAJ&rdot=1&source=gbs_vpt_read&pcampaignid=books_booksearch_viewport

Deleuze, G. y Guattari, F. (1974) *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barral Editores.

Deleuze, G. (2001). Presentación de Sacher Masoch. Amorrortu Editores.

Ferenczi, S. (1984). *Homoerotismo: nosología de la homosexualidad masculina*. Obras completas, Tomo II. Editorial Espasa Calpe.

Freud, S. (1973). *Tres ensayos para una teoría sexual*. Obras completas, tomo II. Editorial Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1973) *Sobre la psicoagénesis de un caso de homosexualidad femenina*. Obras completas Tomo III. Editorial Biblioteca Nueva.

- Freud, S. (1973) *El Yo y el Ello*. Obras completas. Tomo III Editorial Biblioteca Nueva.
- Foucault, M (1988) Introducción a una vida no fascista.
file:///D:/Usuarios/Campbel%20Sergio/Downloads/550-Texto%20del%20art%C3%AD_culo-1172-1-10-20150430.pdf
- Gershman, H. (1953). *Considerations of some aspects of homosexuality*. American Journal of Psychoanalysis, 13:82–83
- Hernández, M. (2020). *Localización del analista. La formación psicoanalítica de Freud a Lacan*. Litoral Editores.
- Lacan, J. (2020). *Breve discurso a los psiquiatras*. Litoral psicoanálisis, N° 48. Litoral editores.
- Magistrali, D. (2017). *Ganimedes en el diván Etiología de la homosexualidad masculina desde el psicoanálisis*. <https://eprints.ucm.es/44931/1/T39326.pdf>
- Millot, C. (1984) Exsexo. *Ensayo sobre el transexualismo*. Editorial Catálogos-Paradiso.
- Mizrahi, M. (2006). *Homosexualidad y transexualismo*. Editorial Astrea.
- Numberg, H y Federn, E. compiladores (1979) *Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*. Ediciones Nueva Visión.
- Reitter, J. (2019). *Edipo de Gay*. Editorial Letra Viva.
- Wittenberg, G. Compilador. (2002). *Las circulares del comité secreto*. Editorial síntesis.